

EL HOMBRE QUE SALVÓ A UNA FAMILIA (2° REYES 4.1–7) DAVID ROPER

En la lección anterior, vimos cómo Eliseo salvó a tres ejércitos, con un milagro dramático y público. En este estudio, veremos cómo salvó a un hogar con un milagro callado, privado. El ambiente ha cambiado: ya no es un foro internacional; ahora se trata de una familia individual. ¿Deberíamos, por lo tanto, considerar el segundo milagro menos importante que el primero? ¡Para nada! Se ha dicho que el bienestar de la familia es el bienestar de la nación. Lo que fortalece a la familia, fortalece a la nación, y lo que fortalece a la nación, fortalece al mundo.

Al ayudar al hogar, Eliseo estaba andando en las pisadas de su predecesor, Elías (vea 1° Reyes 17.8–24). A Dios le preocupa el hogar; ¡y a nosotros también debe preocuparnos! Antes que la lección termine, analizaremos cómo las familias atribuladas pueden recibir ayuda hoy.

UNA FAMILIA SIN ESPERANZA (EN AQUELLOS TIEMPOS) (4.1–7)

Congoja

Al comienzo del relato, Eliseo se encuentra de regreso en Israel. Es probable que se encontrara en una ciudad donde estaba una de las escuelas de los profetas: Bet-el, Jericó o Gilgal (2° Reyes 2.3, 5; 4.38). Estando allí, una «de las mujeres de los hijos de los profetas» (2° Reyes 4.1a) se acercó a él. La descripción que se hace de esta mujer, nos hace saber que algunos de los profetas en período de aprendizaje («hijos de los profetas») eran de una edad mayor de la que llamamos «edad universitaria» (dieciocho a veintidós años). También nos informa de que los aprendices no eran célibes. Hay quienes afirman que el estado de soltería es más santo que el de matrimonio, pero la Biblia enseña que el matrimonio debe ser honroso «en todos» (Hebreos 13.4a).

La mujer tenía un trágico relato que contar. Imagínese la usted cuando llega con lágrimas que

le bajan por el rostro, y con su voz temblorosa, dice: «Tu siervo mi marido ha muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso de Jehová; y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos» (2° Reyes 4.1b). Ella describió a su esposo como «siervo» de Eliseo, y más adelante ella también se llamó a sí misma «sierva» de Eliseo (vers.º 2). Tanto ella como su esposo habían estado siempre prestos a escuchar y a acatar las enseñanzas del profeta.

Luego ella dijo que su esposo había sido «temeroso de Jehová»: había tenido un profundo respeto por Dios y la palabra de Este. Una creencia tradicional judía identificaba a este hombre con Abdías, el que había escondido a cien profetas en dos cuevas, y los había alimentado (vea 1° Reyes 18.3–4).¹ No obstante, parece poco probable que el mayordomo de la casa del rey Acab, fuera un profeta en período de aprendizaje. Digamos sencillamente que el esposo de la mujer había sido un *buen* hombre. ¿Puede la tragedia sobrevenir a hombres buenos? Sí puede. ¿Puede sobrevenir a los que tratan de servir al Señor con todo su corazón? Sí puede y así sucede.

El marido temeroso de Dios, de la mujer, había muerto; esto por sí solo debió de haber destrozado su corazón. Ella esperaba tenerlo a su lado durante toda su vida, pero ahora yacía sola por las noches en un lecho que de repente era grande y estaba vacío. La tragedia no terminaba allí. El esposo de ella la había dejado con dos hijos que criar (2° Reyes 4.1, 5). En el mundo antiguo, la persona más indefensa que podía haber, después de una mujer sin varón que fuera el sostén de la familia,

¹ Donald J. Wiseman, *1 and 2 Kings: An Introduction and Commentary (1° y 2° Reyes: Introducción y comentario)*, Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1993), 202. Josefo indicó que esta era la viuda de Abdías (*Antiquities [Antigüedades]* 9.4.2).

era una viuda con hijos dependientes. Algunos de ustedes conocen qué abrumador puede ser funcionar como «padre soltero» hoy. Multiplique el desafío que usted enfrenta, y tendrá cierta idea de la tribulación que enfrentaba esa madre que enviudó, en los tiempos de Eliseo.

La tragedia empeora: El marido de la mujer no solo la dejó sin fuente de ingresos, sino que la dejó profundamente endeudada. No sabemos cómo sucedió. Tal vez era culpa del hombre. Muchos siervos de Dios conscientes, talentosos han tomado decisiones financieras poco sabias. Se ha insinuado que su esposo pudo haber sido demasiado generoso. En relación con la tradición que afirma que Abdías era el esposo, Josefo dice que él pidió dinero prestado para alimentar a los profetas que escondió,² y que, cuando murió, su esposa no tuvo cómo pagar la deuda.³

Es posible que el esposo no tuviera la culpa del asunto. Era siervo de Dios en una tierra donde los siervos de Dios eran menospreciados. Cual haya sido su fuente de ingreso, lo cierto es que habría sido escasa. Tal vez algún patrón le había quedado mal con el pago de todos sus salarios. Tal vez había personas que no le habían pagado préstamos que él les había hecho. Puede ser que tuvo que pedir dinero prestado para alimentar a su familia, con la confianza de que podría pagarlo, pero la vida es breve e incierta, y sus buenas intenciones murieron con él.

Por lo tanto, se amontonó una tragedia sobre otra pero la peor era que el acreedor del esposo de ella iba a tomar sus hijos. Hoy, cuando pedimos un préstamo de una institución acreditada, por regla general, debemos dar garantía subsidiaria. Por lo general esta consiste en propiedad, tal como una casa, un carro o tierra. Si no pagamos el préstamo, lo que sea que se dio como garantía puede ser tomado. En los tiempos de Eliseo, la «garantía subsidiaria» la constituía a menudo el valor del trabajo potencial del individuo que pedía el préstamo. Si el préstamo no se pagaba, esa persona (y su familia) podían ser tomados (vea Mateo 18.25). Esto se permitía bajo la ley de Moisés, aunque la ley trató de limitar la clase y el tiempo de servidumbre (vea Éxodo 21.1–2; Levítico 25.39–41; Deuteronomio 15.1–11). (¿No le alegra a usted, que no vivimos bajo la ley de Moisés?) En vista de que el hombre en sí no podía ser tomado, el prestamista resolvió confiscar a los hijos como pago.

² Wiseman, 202.

³ Podría preguntarse por qué los demás hijos de los profetas no vinieron en su auxilio. Segundo de Reyes 4.38–44 indica que todos los profetas en período de aprendizaje carecían de recursos financieros.

No se nos dice quién era el acreedor. Una creencia tradicional decía que era Joram, hijo de Acab y rey de Israel.⁴ Quien haya sido, es probable que no tuviera compasión por la grave situación de los fieles del reino norteño. Era un hombre despiadado, cruel e implacable. Los hijos de la mujer eran ahora la vida de ella; también eran su última esperanza. Ella debió de haber pensado: «¡Si solo pudiéramos sobrevivir hasta que los muchachos tengan suficiente edad para trabajar, estaremos bien!». Al prestamista no le importaba nada de esto. Ya se había llevado de la casa de ella lo poquito que su esposo le había dejado (vea 2º Reyes 4.2). Ahora él había fijado una fecha cuando le arrebataría a sus hijos de sus brazos.⁵

Así la mujer vino al hombre que tenía reputación de ayudar a otros (vea 2º Reyes 2.19–22). Ella derramó su corazón delante de él. No hizo una petición; pero en el aire quedó una pregunta desesperada, no enunciada: «¿Qué he de hacer?».

Ayuda

Se ha dicho que a Eliseo «jamás se le tuvo que pedir ayuda dos veces».⁶ Él preguntó: «¿Qué te haré yo?» (4.2a). Las viudas y los huérfanos siempre han ocupado un lugar especial en el corazón de Dios (vea Deuteronomio 10.18; Salmos 146.9; Santiago 1.27). Él es «Padre de huérfanos y defensor de viudas [esto es, Protector de los derechos de ellas]» (Salmos 68.5). El representante de Dios estaba, por ende, presto a ayudarle.

Eliseo no esperó que la mujer le dijera qué podía hacer él. En su lugar, le dijo qué podía hacer ella. Comenzó, diciéndole: «Declárame qué tienes en casa» (vers.º 2b). Ella respondió con tristeza: «Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite». La palabra hebrea que se traduce por «vasija» indica la *pequeñez* del recipiente, y del contenido, o de ambos.⁷ Así, en la NIV se lee: «un

⁴ Adam Clarke, *The Holy Bible with a Commentary and Critical Notes (La Santa Biblia con comentario y notas críticas)*, vol. 2, *Joshua – Esther (Josué – Ester)* (New York: Abingdon-Cokesbury Press, s. f.), 490.

⁵ La mujer dijo: «*ha* venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos» (vers.º 1b; énfasis nuestro), pero los hijos todavía estaban con ella (vers.ºs 4–6). Es de suponer que la última vez que el acreedor estuvo en la casa (vacíandola), él le dijo que se tomaría los hijos cuando volviera.

⁶ Richard Newton, *Bible Models (Modelos bíblicos)* (Londres: Hodder and Stoughton, 1887), 193.

⁷ C. F. Keil y F. Delitzsch, “1 and 2 Kings” («1º y 2º Reyes»), *Commentary on the Old Testament (Comentario del Antiguo Testamento)*, vol. 3, *1 and 2 Kings, 1 and 2 Chronicles, Ezra, Nehemiah, Esther (1º y 2º Reyes, 1º y 2º Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester)* (Peabody, Mass.: Hendriksen Publishers, 1989), 309; G. Rawlinson, “2 Kings” («2º Reyes»), *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 5, *1 & 2 Kings (1º y 2º Reyes)*, ed. H. D. M. Spence y Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 64.

poquito de aceite». Algunos comentaristas creen que se trataba de una modesta botella de ungüento perfumado que la mujer había conservado para su propia sepultura,⁸ pero la mayoría de ellos cree que se trataba de una sustancia más corriente: el aceite de oliva que se usaba para cocinar, sanar, aliviar y unguir. De todos modos, el diminuto recipiente de aceite, cual haya sido, era todo lo que el acreedor le había dejado.

F. W. Krummacher describió el hogar desprovisto de la mujer; «las paredes desnudas, los estantes vacíos, la mesa [sin nada sobre ella] con una banca delante de ella, el lecho de paja, la habitación desolada».⁹ Era poco lo que tenía, casi nada. No obstante, tenía algo: un pequeño frasco de aceite, y Dios se proponía que ella usara lo que tenía. Dos dichos vienen a la mente: «Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos» y «Lo poco es mucho cuando Dios está incluido en ello».

Eliseo dijo a la mujer: «Ve y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías» (vers.º 3a). La palabra hebrea que se traduce por «vasijas» es genérica. Se usaba para hacer referencia a vasijas de todo tamaño, forma y composición. La única cualidad que cada vasija debía poseer era que estuviera *vacía*. El profeta añadió esta advertencia: «no pocas» (vers.º 3b). Recuerde esta parte de las instrucciones; su significado se aclarará más adelante.

Desde todo punto de vista, las instrucciones de Eliseo son extrañas. La mujer podría haber protestado, diciendo: «¡Estoy a punto de perder a mis hijos y usted me pide que recoja tarros!»; sin embargo, ella no dijo así. Podía haber dicho: «Mis vecinos van a creer que mis problemas me han vuelto loca. Cuando me pregunten qué voy a hacer con todos esos tarros vacíos, ¿qué les voy a decir?», pero ella no dijo así. A veces los mandamientos de Dios tienen sentido para nosotros y a veces no, pero nos parezca que lo tienen o no, lo cierto es que son *acertados*.

Eliseo siguió sus instrucciones: «Entra luego, y enciértrate tú y tus hijos» (vers.º 4a). Deseaba que este fuera un milagro en privado, personal. «... y echa en todas las vasijas, y cuando una esté llena, ponla aparte» (vers.º 4b).

Felicidad

La mujer salió (vers.º 5a) y comenzó a pedir vasijas prestadas. Pronto, su casa estuvo llena de

vasijas: vasijas grandes, pequeñas, medianas, viejas, nuevas, lujosas, llanas, vasijas y más vasijas. Luego ella cerró la puerta del frente (vers.º 5b). Me imagino la escena que siguió, de este modo:

La mujer tomó su diminuto recipiente de aceite. ¡Qué pequeño e insignificante era en comparación con la colección de vasijas que le rodeaba! Ella sostuvo su aliento cuando inclinaba el frasco en su mano sobre la vasija más cercana. El aceite comenzó a fluir... y fluyó... y fluyó. Los ojos de ellas se agrandaron cada vez más. El aceite fluyó hasta que la vasija se llenó hasta el borde. Ella dijo a sus hijos: «¡Rápido, traigan otra vasija!». El aceite siguió fluyendo hasta que la vasija se llenó, y luego los muchachos se apresuraron a llevarle a su madre una tercera vasija. Cuando vasija tras vasija fueron llenas con la fuente aparentemente inagotable (vers.º 5c), la felicidad volvió a este hogar que había conocido tanta tristeza. La risa de la madre se mezcló con la de sus hijos. Las arrugas de la preocupación se borraron de su rostro, y se levantó la carga que pesaba sobre su corazón.

Al final, la mujer dijo a uno de sus hijos: «Tráeme aún otras vasijas», y este dijo: «No hay más vasijas» (vers.º 6a). Todas las vasijas que habían pedido prestadas estaban llenas. Luego «cesó el aceite» (vers.º 6b). El flujo cesó del pequeño recipiente; estaba vacío; el milagro había terminado. Ahora ella debía de haber entendido el significado de las instrucciones en el sentido de conseguir «no pocas». La cantidad de aceite estuvo limitada solamente por el número de vasijas que ella reunió.

La mujer corrió a contarle a Eliseo la gran maravilla que había sucedido (vers.º 7a). Una vez más, las lágrimas debieron de haberse asomado a sus ojos y su voz debió haberse estremecido, pero esta vez eran lágrimas de gozo y su voz se estremecía por la emoción. Cuando ella dijo al profeta lo que había sucedido, una vez más había una pregunta no expresada: «¿Qué debo hacer ahora?». Ella no quería proseguir sin recibir ayuda divina.

Eliseo le dijo: «Ve y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que quede» (vers.º 7b). ¿Pagar la deuda? ¿Pagar al hombre despiadado y tacaño que estuvo a punto de hacer esclavos a sus amados hijos? Sí. La Biblia nos enseña a pagar nuestras deudas (vea Romanos 13.8a; NIV). Henry Blunt escribió: «Aunque el acreedor sea cruel, no sea usted injusto; la conducta de otros para con nosotros, no altera la naturaleza de nuestros deberes para con ellos».¹⁰ (Vea Romanos

⁸ Clarke, 491.

⁹ F. W. Krummacher, *Elisha, a Prophet for Our Times* (Eliseo, profeta para nuestros tiempos) (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1993), 48.

¹⁰ Henry Blunt, *Lectures on the History of Elisha* (Conferencias sobre la historia de Eliseo) (Philadelphia: Herman Hooker, 1839), 52.

12.21.) W. T. Hamilton dijo que «quien es honrado con un pillo es [verdaderamente] honrado».¹¹ Después que se saldara la deuda, la mujer y sus hijos tendrían suficiente para seguir viviendo hasta que los muchachos tuvieran suficiente edad para proveer para sí mismos y su madre.

Allí termina el relato bíblico, pero no es difícil imaginar lo que sucedió después:

El aceite se vendió. Cuando el acreedor volvió, la madre y los niños lo estaban esperando. Ella puso una bolsa llena de monedas en sus manos. «¡He aquí su dinero!», dijo ella. La boca de él se abrió en gran manera. «Pero, pero, pero», dijo él tartamudeando. Ella siguió diciendo: «Nuestro Dios cuidó de nosotros, y nos salvó de su corazón tan endurecido. Tome usted el dinero y yo me quedo con los niños». Una sonrisa se dibujó a lo ancho de su rostro cuando miró al prestamista alejarse, que iba moviendo su cabeza.¹²

FAMILIAS SIN ESPERANZA (DE TIEMPOS ACTUALES)

¿Hay lecciones que podamos aprender de este emocionante relato? Sí las hay, porque fue escrito «para nuestra enseñanza» (Romanos 15.4).

Aflicción

Al comienzo del relato, se nos presenta una familia sin esperanza. Era una familia piadosa, pero la aflicción había sobrevenido de todos modos. En este mundo hecho trizas por el pecado, a veces *sucedan* cosas malas a las personas buenas. Aquella familia había experimentado aflicción por causa de la muerte y la deuda. Pero estos no son más que dos de los males que pueden devastar a un hogar. Entre otros males se incluyen: la enfermedad, el abandono y el divorcio. Tal vez algunos de ustedes estén viviendo en hogares donde se ha hecho añicos la esperanza.

Note que la viuda no culpó al Señor por sus problemas. Antes, ella, acudió a Él en búsqueda de ayuda. Cuando algunos son abrumados por los problemas de la vida, se distancian de fuentes divinas de ayuda, como Dios, la Biblia y la iglesia. No importa qué problemas lleguen a su vida, jamás ponga en duda que el Señor le ama y desea ayudarlo (Romanos 5.8; Hebreos 13.6; 1^{era} Pedro 5.7).

Ayuda

¿Qué debemos hacer cuando una situación familiar parece desesperanzada? En primer

lugar, debemos humillarnos lo suficiente para reconocer que tenemos un problema, como la viuda lo reconoció. Es embarazoso para algunos reconocer que tienen problemas familiares, y por esto permanecen en un estado de negación. Solo los que están conscientes de sus necesidades reciben ayuda (Apocalipsis 3.20; vea Salmos 81.10b).¹³

Luego necesitamos preguntar: «¿Hemos hecho todo lo que *nosotros* podemos para resolver el problema?». Eliseo dijo a la mujer: «Decláreme qué tienes en casa» (2^o Reyes 4.2). Ella necesitaba hacer un inventario de sus recursos. No tenía mucho, pero tenía algo. Necesitaba usar lo que tenía (vea Éxodo 4.2; Marcos 6.38); necesitaba hacer lo que podía para llevar su propia carga (vea Marcos 14.8a; Gálatas 6.5). Se ha dicho que «el mejor lugar donde encontrar ayuda está en el extremo del brazo». Hamilton escribió:

Si uno usa lo que tiene y recorre todo el camino que puede recorrer, Dios se hará cargo a partir del punto en que uno ya no puede seguir. Él jamás nos prometió que se hará cargo *mientras* estemos haciendo ese recorrido [...] Uno debe planear andar por fe más allá del punto en que vea el camino despejado, y luego seguir hasta que sus recursos se agoten. Es en ese momento que Dios se hará cargo. ¡No lo hará antes!¹⁴

Después que usted ha hecho todo lo que puede personalmente, puede tener necesidad de acudir a amigos cristianos sabios, del mismo modo que la mujer acudió a Eliseo (vea Gálatas 6.2; Proverbios 1.5; 11.14; 12.15; 19.20; 27.9). Los que no están tan cerca del problema a menudo pueden ver la situación más claramente y sugerir soluciones.

Sobre todo, usted necesita acudir al Señor. Muchos sermones se han predicado sobre el tema «Pide [...] no pocas» (2^o Reyes 4.3). El asunto que se ha recalado es que la mujer se impuso a sí misma la única limitación a la bendición que recibió: el número de vasijas que pidió prestadas. (¿Deseó la mujer haber pedido más vasijas prestadas?) La Biblia enseña que Dios es un Dios generoso (Mateo 6.33; 7.7–8; Efesios 3.20). Lo único que limita la generosidad de Dios es el grado en que estamos dispuestos a confiar completamente en Él. Cuando uno aprende a poner sus problemas en Sus manos, es *entonces* que puede conocer «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Filipenses 4.7).

Felicidad

¿Se encuentra usted en una situación familiar que parece desesperanzadora? Haga todo lo que

¹¹ W. T. Hamilton, "Borrow Not a Few" («No pidas prestadas pocas»), *The Preacher's Periodical* (April 1983): 14.

¹² Adaptado de Elaine J. Fletcher, *Elisha, the Miracle Prophet (Eliseo, el profeta de los milagros)* (Washington, DC: Review and Herald Publishing Association, 1960), 34.

¹³ Hamilton, 13.

¹⁴ *Ibíd.*, 14.

puede y confíe en el Señor, y Él le ayudará. No puedo decirle exactamente cómo le ayudará. Puede que elimine el problema; puede que le ayude a sobrellevarlo. Lo que sí sabemos con certeza es esto: Él puede ayudar y lo hará si usted le permite. Sé de docenas de hogares cristianos, y puede que hasta cientos de ellos, en los cuales una vez hubo desesperanza y ahora están llenos de felicidad.

Puede que algunos objeten, diciendo: «Pero fue un milagro lo que Dios hizo para ayudar a la viuda, y ya nosotros no estamos en la era de los milagros. ¿Cómo puede Él ayudarme?». ¡Qué estrechez de miras la del que cree que la única manera como Dios puede ayudar es por medio de actos milagrosos! Dios creó este universo, y Él sabe cómo trabajar por medio de las leyes naturales que Él estableció. A esto le llamamos «providencia divina». Romanos 8.28 es uno de mis pasajes favoritos: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados».

Matthew Henry escribió que «hoy no podemos esperar milagros, pero sí podemos esperar misericordias». ¹⁵ Warren Wiersbe comentó que «el Señor no [...] hace milagros [...] para ayudarnos a pagar las deudas, pero sí llena nuestras necesidades, si confiamos y obedecemos. Si le damos todo a Él, él puede hacer que un poquito rinda bastante». ¹⁶ Krummacher preguntó: «¿Es Su ayuda realmente menos maravillosa porque se nos envía por medios corrientes?». ¹⁷ Respondemos con un contundente «¡No!». «Clemente es Jehová, y justo; Sí, misericordioso es nuestro Dios» (Salmos 116.5).

CONCLUSIÓN

Dios ayudó a una familia hace mucho tiempo, y Él puede ayudar a su familia hoy, si usted se lo permite. Para estar seguro de la ayuda del Señor, necesita primero estar seguro de que su relación con Él es correcta. El propósito de este texto no es enseñar a la gente como hacerse cristiana; sin embargo, hay paralelos interesantes que se pueden extraer de ella:

- La mujer tenía una deuda que no podía pagar. Nosotros estamos cargados con la deuda del pecado, una deuda que jamás podremos pagar

¹⁵ Matthew Henry, *Commentary on the Whole Bible (Comentario de toda la Biblia)*, ed. Leslie F. Church (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1961), 404.

¹⁶ Warren W. Wiersbe, *Be Distinct (Sea diferente)* (Colorado Springs, Colo.: Victor, 2002), 29.

¹⁷ Krummacher, 52.

(vea Isaías 64.6; Romanos 6.23a).

- Los hijos de la mujer estaban amenazados por la esclavitud. Nosotros hemos sido esclavizados por el pecado (vea Tito 3.3; 2ª Pedro 2.19; Romanos 6.6).
- Dios ha hecho bondadosas provisiones para nosotros, tal como hizo para la viuda, pero primero Él espera que hagamos lo que podemos. Nos ha pedido que confiemos en Él, que seamos sumergidos en agua, y que luego vivamos para Él (Marcos 16.16; Romanos 6.3–6; Gálatas 3.26–27).
- Si nos sometemos a Él y a Su voluntad, él podrá llenar nuestras vidas vacías con la misma certeza que llenó las vasijas vacías para la viuda en Israel. Él perdonará nuestros pecados (Hechos 2.38), nos dará esperanza de vida eterna (Tito 1.2), y nos fortalecerá día a día (Efesios 6.10).

¡Alabado sea Aquel que hace rebozar nuestras «copas» (vea Salmos 23.5) con Su amor (vea 1ª Timoteo 1.14)!

NOTAS PARA PREDICADORES Y MAESTROS

Cuando use este sermón, será aconsejable que también anime a cristianos infieles a volver al Señor para que Este pueda bendecirlos junto con sus familias (Hechos 8.22; Santiago 5.16; 1ª Juan 1.9; Apocalipsis 2.5).

La segunda parte de esta lección es más breve que la primera por la necesidad de mantenerla genérica. Será necesario que usted la adapte y amplíe para que se aplique a familias de su país. En los Estados Unidos, la familia está siendo atacada como nunca antes. ¡Un indicio de ello es que las agencias de gobierno están teniendo dificultad para definir las palabras «matrimonio» y «familia»!

El versículo 2 podría usarse como texto para predicar un sermón con el título «¡Declárame qué tienes en tu casa!». Lo que sea que tenga usted en su casa, ¿es agradable a Dios? ¿Está usted usándolo para Su gloria?

Los paralelos de la conclusión pueden expandirse para formar un sermón con el título «Una deuda que yo no podía pagar». Es aconsejable que use como invitación el cántico «Él pagó una deuda». ¹⁸

¹⁸ “He Paid a Debt” («Él pagó una deuda»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).